



CRISTINA BOU PONCE

Mar Cercos, Detective de Libros:
El caso del libro de Terciopelo

MAR CERCÓS, DETECTIVE DE
LIBROS.

EL CASO DEL LIBRO DE
TERCIOPELO.

16/11/2014

Curicó, Chile

Para Mar, Feliz 9 Cumpleaños.

Nunca dejes de leer, porque con cada libro vivirás una aventura,
y vencerás un nuevo miedo.

INDICE

1. LA VIEJA LIBRERIA.....	5.
2. EL LIBRO DE TERCIOPELO MORADO.....	10.
3. ESTELA.....	16.
4. LA HABITACIÓN CERRADA.....	24.
5. POSTRES DE MUERTE.....	34.
6. LA RESIDENCIA.....	40.
7. UNA MEMORIA EXTRAORDINARIA.....	47.

CAPÍTULO 1. LA VIEJA LIBRERÍA.

En la esquina de la calle estaba su paraíso, su palacio, su castillo de cuento de hadas. Era a la vez mazmorra, cueva de dragones, campamento de verano y pueblo del interior. A veces prisión, reformatorio, internado. A veces campo, montaña, río. ¿Y de qué dependía? Dependía, por supuesto, del libro que Don Hipólito tuviera reservado para ella.

La librería del Don Hipólito era su lugar favorito del mundo entero. Era una tienda de dos pisos, cuya fachada estaba pintada de verde bosque, con una gran ventana en la entrada, al estilo inglés. Dentro, los libros desbordaban los estantes. De hecho, a más de un cliente le había caído algún volumen en la cabeza. Sorprendentemente nunca se quejaban, porque Don Hipólito les convencía de que el libro los había escogido a ellos. Después de un poco de cháchara, los clientes acababan algo confundidos, con un chichón y un libro de más, y veintitantos euros de menos.

Las estanterías de madera oscura cubrían todas las paredes, y en el centro de la tienda había varias mesas donde también se amontonaban los libros. El suelo era oscuro, deslucido por el tiempo y la falta de pulido. No era algo que a Don Hipólito le preocupara, el estado de los muebles. Al lado de la ventana se situaban dos sillones orejeros de piel, verdes también, con una pequeña mesita de lectura donde poder sentarse a descansar de tanto libro. Todo buen lector sabe que un sillón en una librería de estas características es necesario, porque ante la visión de semejante tesoro, ante la idea de tantos libros pendientes de ser leídos, más de uno sufre un vahído, y aún llega a desmayarse.

No era el caso de Mar, que desde que podía recordar andaba por la librería como si fuera su casa. Desde bien pequeña, su madre le había llevado a ojear los libros y cuentos... Digo a ojear, y no a comprar, porque no siempre podían permitirse el pequeño lujo de un libro. Por supuesto estaba la biblioteca municipal, de la que Mar era usuaria y habitual visitante, pero la librería de Don Hipólito tenía un qué-se-yo-que-no-sé-qué, que hacía irremediable entrar. Y volver, una y otra vez.

El piso de arriba era más caótico si cabe que el de abajo, y por lo mismo era donde Mar pasaba más tiempo. Era la sección de libros infantiles y de segunda mano, además de rarezas que Don Hipólito había ido adquiriendo y guardando con el paso de los años. Podías encontrar casi cualquier cosa en las estanterías, desde un libro en chino, un Nuevo Testamento encuadernado al revés, hasta incluso una recopilación de Leyendas Mitológicas de dudosa exactitud, donde las sirenas no tenían cola de pescado y Hércules era un perro que hablaba.

La sección de cuentos estaba al final de este piso, en un recoveco tras una columna. En ese rincón, que también tenía su ventana, había una alfombra en el suelo que en algún tiempo fue de colores. Una mesa baja, un poco coja, se situaba justo al centro de la alfombra, y en la que podríamos llamar la última esquina de la tienda, otro sillón verde con una manta de ganchillo que invitaba a sentarse y pasar la tarde. El sofá de Mar.

En ese rincón, había luchado en las trincheras de infinitas guerras, peleado contra dragones, abordado barcos de piratas sanguinarios... Era una lectora voraz, de las que no se limitan a saciar su apetito con el mismo género siempre, si no que probaba un poco de cada cosa, y en todos encontraba el gusto. Pero sus favoritos, de entre todos, eran los libros de misterio y de detectives.

Don Hipólito era un hombre de edad incierta, mayor, muy mayor, en cualquier caso. O eso pensaba Mar. Tenía el pelo castaño y era de constitución delgada. En sus manos manchadas por la edad, siempre había un libro. Llevaba unas gafas antiguas, que de tan viejas que eran, se habían vuelto modernas, un poco retro. No es que Don Hipólito fuera un hipster, precisamente, pero se vestía como uno de ellos. O ellos se vestían como Don Hipólito, quien sabe. Usaba siempre camisa, en verano de manga corta, en invierno de manga larga con un chaleco de lana encima. La librería se llamaba "A la luz de la Candela" por su mujer. Hacía tiempo que mala enfermedad se la llevó, "el día en que me volví viejo", contaba con sonrisa triste Don Hipólito. "Era mi inspiración y la luz que guiaba mi camino, y de ahí el nombre", explicaba a quien le preguntaba.

Tenía Don Hipólito un hijo, que se llamaba Eduardo, y que también estaba en el negocio de los libros. Ese sí que era hipster, que, por si no lo sabéis, es como se dice ahora a la gente moderna, tan modernos, tan modernos, que aburren. Eduardo podría estar un poco tontín con eso de las modas, pero por lo demás era muy espabilado. Desde que acabó el instituto empezó a trabajar en la librería, dónde su padre le enseñó todo acerca del negocio. Lo hizo maravillosamente, porque, además de ser muy inteligente había heredado la portentosa memoria de su padre. A pesar de lo bien que llevaba la tienda, cuando cumplió 23 se dio cuenta que no podían seguir así, porque su padre no estaba abierto a sus ideas innovadoras.

—¿Cómo que quieres poner una barra donde servir café y vino? ¡Esto es una librería, no un bar! ¿Tú estás chalado?

Otro día, ante su sugerencia de hacer exposiciones de arte le dijo:

—Me alegro mucho que tu amigo Juanvi el de la Paqui desarrolle sus inquietudes artísticas y le dé por pintarrajar lienzos con brochazos de colores, pero aquí no vas a colgar esas cosas y mucho menos venderlas. ¡Esto es una librería!

En lugar de quedarse trabajando con su padre y acabar frustrado y discutiendo, decidió ampliar el negocio. Montó otra librería, a la que llamó "Candela y su bombilla" en el barrio más cool (que es algo así como la suma de guay y pijo) de la ciudad, donde servía vino, los miércoles acudían jóvenes extranjeros a charlas de intercambio de idiomas, todos los meses se cambiaba de exposición de pintura o fotografías, y, ah, sí, también se vendían libros. Le iba estupendamente, y la relación con su padre no podía ser mejor.

Don Hipólito no era la alegría de la huerta con los clientes, pero era cordial, amable, y siempre, siempre, acertaba con los libros que recomendaba. Le bastaba que le dijeran tres libros que le hubiesen gustado, y uno que odiara, y ¡voilà! en sus manos aparecía el libro perfecto para esa persona. Sin embargo, escasamente hacía bromas y nunca hablaba de fútbol. No en la tienda con los clientes. "La cháchara para el bar. Esto es una librería".

Con Mar era distinto. Cualquiera que le viera con ella, sabía que el viejo sentía devoción especial por la niña. A ella si le hacía bromas, le escondía caramelos entre los libros, y en resumen, dejaba que estuviera mareando por la tienda todo el tiempo que quisiera. Este amor era mutuo, ya que Mar consideraba a Don Hipólito poco menos que un sabio digno del premio Nobel, dado que en su memoria prodigiosa se guardaban miles de libros y nombres de autores, incluso las fechas de publicación.

Todo empezó el día en que Mar llegó a la calle, recién cumplidos sus 5 años. Se acababan de mudar a ese nuevo piso, y su madre, viendo que su hija andaba un poco triste por haber cambiado de colegio, pensó en hacer un regalo especial a su hija en esa librería de la esquina.

—Te voy a llevar a la librería, y vas a escoger los tres cuentos que más te gusten. ¿Te parece bien?

Mar sonrió encantada. Incluso sin saber leer mucho le maravillaban los cuentos que sus padres le relataban por las noches. Le parecía mágico que en esos papeles, en esos extraños símbolos, se encerraran tantas historias y secretos.

A la tarde siguiente, tras salir del colegio, Mar y su mamá entraron en la librería.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —respondió Don Hipólito desde detrás del mostrador.

—Disculpe, ¿ la sección de cuentos? —dijo con una sonrisa la madre de Mar.

—En el piso de arriba, al fondo —contestó Don Hipólito—. ¿Le puedo ayudar en algo?

—No, no, gracias, vamos a mirar y Mar va a escoger tres cuentos. ¿Verdad, cariño?

Mar no respondió. Colgaba de la mano de su madre y se parapetaba detrás de su falda, a la vez que intentaba disimular y mirar a ese señor tan mayor que le recordaba un poco al dibujo de Gepetto, del cuento de Pinocho.

—Como gusten. Si necesitan algo, estoy aquí.

—Gracias. Vamos Mar.

Subieron por la escalera, observando los cuadros colgados por las paredes de la misma. Eran pequeños marcos con hojas de libros, y parecían apiñarse sin orden ni concierto. Para cuando llegaron al piso superior, Mar ya se sentía más cómoda y se atrevió a soltarse de la mano de su madre para investigar por sí misma. Llegaron a la sección de cuentos, y los ojos de Mar se abrieron de par en par al ver esas estanterías gigantes que llegaban poco menos que a los cielos, con tantos libros para elegir.

—Ale, coge los tres que más te gusten.

"¿Los tres que más me gusten? ¿Cómo voy a elegir entre tanto libro?", pensó Mar. Empezó cogiendo uno de la estantería, con cierta timidez, para hojearlo. Parecía uno de piratas. Lo dejó sobre la mesa y escogió otro. Ese iría seguramente de hadas. Lo dejó junto al otro en la mesa y miró otro más, y luego otro, y otro... No podía parar. ¿Cómo escoger? Había libros grandes, otros pequeños, unos con mil dibujos y otros con texto, pero todos le gustaban por alguna razón. Una y otra vez le preguntaba a su madre por los títulos, por la historia, y cada uno le parecía especial y digno de leer. Mayte, que así se llamaba su madre, le miraba al principio satisfecha y divertida, pero poco a poco empezó a preocuparse al ver a su hija amontonar libros en la mesa e ir de una estantería a otra...

—Hija, que no tenemos toda la tarde... Anda escoge tres y nos vamos para casa. ¿Este te ha gustado, el de piratas?.

Entre tanto, Don Hipólito había subido con la excusa de ordenar ciertos libros y observaba divertido la escena desde la otra punta de la habitación. De pronto, Mar paró en

seco su carrera, miró alrededor, miró la mesa llena de libros, observó por turnos su mano derecha e izquierda, cada una con un libro, fijó los ojos desesperados en su madre, y se echó a llorar inconsolablemente.

—Pero, cariño, ¿qué pasa? ¿Qué ocurre?

—¡Me los quiero llevar todos mamá! ¡Quiero leerlos todos!

—Mar, princesa, no puedo comprarlos todos... Ahora llevamos tres y en unos meses compramos más...

Se acercó Don Hipólito enternecido y preguntó:

—¿Qué te pasa, bonita?

Miró Mar con sus grandes ojos color almendra tostada y sus cuatro rizos (porque por aquel entonces sólo tenía cuatro, ni uno más) a ese señor que instintivamente le caía bien, y con la pena y el dolor más desgarrador en su voz dijo:

—¡Qué la vida es muy corta para tantos cuentos! ¡No me va a dar tiempo a leérmelos antes de ser viejo como tú!

Palideció Mayte y murmuró una disculpa. Pero Don Hipólito no se sintió ofendido, si no gratamente sorprendido de que una niña tan pequeña hubiera llegado a su misma conclusión: la vida debiera ser tan larga como para poder leer tantos libros como uno quisiera. Se acuclilló Don Hipólito al lado de la pequeña, y le dijo suavemente:

—Bueno, bueno, no llores más. Llévate tres cuentos, y cuando los termines, puedes venir y leer aquí todos los que quieras.

Todavía con lágrimas en los ojos, miró Mar a su madre y luego al señor:

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Pues dame la mano para sellar el trato —Era algo que hacía siempre con su padre, sellar los tratos con un apretón. Para que fueran serios. La manita de Mar se levantó hacia el hombre estupefacto.

—¡Caray! Cuanta seriedad para un renacuajo como tú. Trato hecho. —Y con un firme apretón el corazón de Don Hipólito quedó prendado de esa pequeña lectora.

CAPÍTULO 2. EL LIBRO DE TERCIOPELO MORADO

De eso hacía cuatro años, y desde aquel día Mar había disfrutado de libre acceso a la colección de libros de Don Hipólito. Por supuesto su madre seguía comprándole libros para las fiestas señaladas, pero podía ir cuando quisiera a leer.

A Mar le encantaba la librería tal y como estaba, amontonada, desordenada y vieja. Cuando alguna vez acompañaba a sus padres al centro y entraban a las grandes librerías, donde todo estaba rigurosamente ordenado por volumen de ventas, se aburría tremendamente.

Había cumplido nueve años esa semana, y su madre le acompañó a la tienda de Don Hipólito para que escogiera un libro como regalo. "¿Te quedas aquí con Don Hipólito mientras yo voy al mercado?", le había dicho su madre. Mar se quedó encantadísima; así podía correr de un sitio para otro sin que su madre le dijera que se portara bien. Era sábado por la mañana, por lo que tardaría un buen rato en volver. Con un guiño a Don Hipólito, subió la escalera en cuatro saltos y se plantó a bucear entre los libros de arriba.

Andaba Mar perdida de estante en estante, y posiblemente había pasado ya alguna hora desde que su madre se fuera. De repente, se puso a mirar el estante de libros de cocina. Libros sobre cocina india, sobre ingredientes exóticos, sobre cocinas locales africanas... Libros con muchas recetas y pocas fotos, libros con muchas ilustraciones y casi ninguna instrucción... Iba a pasar a la siguiente estantería, la de libros sobre calceta, cuando un lomo llamó su atención en el tercer estante empezando por arriba. Era un lomo morado oscuro, su color favorito, y tenía grabados en plateado y verde. "Eso no es papel ni cartón", pensó Mar. "Parece tela más bien... ¿Terciopele? Qué libro tan raro...". Miró la escalera de la estantería. Cada una tenía su propia escalera móvil con raíles, al alcance de los clientes, para que subieran por sí mismos, si así lo deseaban, y curiosearan las partes altas de los estantes y sus escondidas joyas. Pero Mar tenía un problema. Subirse a la escalera le daba pavor. Observar a Don Hipólito subido le daba terror. Incluso la sola visión de la escalera, apoyada tan quieta contra la estantería, le daba susto.

El motivo de tan interesante miedo era un recuerdo de esos que no se saben si son reales o sueños. Recordaba estar en una habitación oscura, polvorienta, con telarañas, en algún lugar. Mar no sabía dónde era ni porqué estaba allí, pero recordaba gritos, muchos gritos. Recordaba el olor a madera podrida, y frío. Notaba cada vez que ese pensamiento se

colaba en su cabeza un escalofrío que le recorría desde su pequeño y extraño dedo meñique del pie hasta la punta de la cabeza, justo donde nacía el primer y más elevado rizo que tenía.

Pero Mar era mayor ya. Había cumplido nueve años.

—Vamos, no puedes pasarte la vida diciéndole a Don Hipólito que te baje los libros, que él ya es viejo... —se dijo así misma en voz alta, para resultar más convincente—. Además, si se lo pides, vas a tener que aguantar que te cante: "Marsita se hace caquita" toda la tarde....

En efecto, cada vez que le pedía a Don Hipólito que le acercara un libro, porque le daba miedo subirse a la escalera, Don Hipólito no decía nada, pero, una vez subido, cantaba:

—Marsita, Marsita se hace caquita

—Marsota, Marsota huele a cacota

—Marseta, Marseta es una cagueta

—Cada vez que se acerca a una escaleta

Estamos de acuerdo, rimar no rimaba, pero a Don Hipólito le daba igual y a Mar le hacía rabiar más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Ni corta ni perezosa (esa expresión le encantaba a Mar, precisamente porque ella no era corta, sino muy lista, de las más listas de su clase, ni mucho menos perezosa; el trabajo hecho pronto, estaba mejor hecho, según ella), acercó la escalera de mano para subir a por el libro. Se aseguró que estaba bien falcada en el suelo y en la pared, puso sus manos sobre los lados de la escalera, levantó un pie y... Así se quedó, con la mirada puesta en el libro y el pie en el aire. Le entró un tembleque, su respiración se aceleró... "Voy a hacerlo", dijo apretando los dientes. Puso el pie que todavía seguía en el aire en la escalera, (con buen criterio, porque si hubiera movido el otro se habría caído), respiró hondo y subió un peldaño.

Un vértigo enorme se apoderó de ella, y eso que estaba solo a unos centímetros del suelo. Todo le daba vueltas. Cerró los ojos bien fuerte, agarrándose a los lados de la escalera con tanta energía que casi deja la señal de las uñas. Después de un rato que le pareció enorme, se atrevió a soltar un pie, y, con miedo y mucho tiento, encontró el suelo. Una vez notó el suelo bajo su planta se sintió mejor, y pudo abrir los ojos. Bajo el otro pie. Estaba sudando. Miró derrotada a la escalera... "Tu ganas... De momento" . Y bajó a llamar a Don Hipólito.

Bajó por la escalera del local, que no le daba ningún miedo, porque aunque se llamara igual no se parecía mucho a los otros objetos diabólicos conocidos por escaleras. Se sentía alterada, e imaginaba que era evidente para los demás lo que había sucedido. Decidió bajar despacio entreteniéndose en mirar las paredes hasta tranquilizarse.

Mar, que siempre subía corriendo al segundo piso, o se quedaba en la planta baja ayudando a Don Hipólito a ordenar, guardar y clasificar libros, no había reparado en las decenas de marcos que recubrían las paredes de la escalera. "Marcos de fotos, ¿con hojas de libros?". Mar comenzó a leer... Un poema, una parte de un índice de alguna novela, una receta, el principio de alguna historia, un árbol genealógico y páginas y páginas sin ninguna conexión entre ellas... ¿Que era aquello? Mar fue olvidando su episodio con la escalera, para centrarse en el misterio de las hojas sueltas enmarcadas.

Llegó sin darse cuenta al final de los escalones, y con tres saltitos se acercó al mostrador, donde seguía Don Hipólito.

—¿Has elegido ya? —dijo mientras tecleaba algo en el ordenador, a la velocidad con la que los caracoles derrapan...

—Nooo, ehhhh bueno he visto uno...

—¿Uno? ¡Vaya eso sí que es una novedad! ¡Mar Cercós escogiendo *sólo* un libro! ¿Acaso tienes fiebre?

Mar puso su cara de "vacile" mirándole con la cara inclinada y la mirada burlona hacia arriba.

—Don Hipólito, ¿qué son los marcos de la escalera?

—Ah vaya, ¿no los habías visto antes eh? Menuda Sherlock Holmes estás tú hecha... —A Mar le encantaban los libros de misterio, y Don Hipólito siempre le decía que se hiciera detective—. Pues verás, señorita Observadora, esas... Son las fotos de la familia —Y guiñándole un ojo, fingió volver a teclear algo en el ordenador.

—¿Cómo que fotos de familia? ¡No son fotos!

—¡Pues claro que sí! ¿No son marcos de fotos?

—Pues, sí.

—¿Y señorita Sabionda, para qué sirven los marcos de fotos?

—Para poner fotos pero...

—Ahí lo tienes... Elemental, querida Mar.

—¡Don Hipólito! —se quejó amablemente...

Rió él, y, tras hacer una pausa dramática, dijo:

—Está bien no son fotos familiares, pero para mí como si lo fueran... Verás, todo empezó con un libro que tenía, la Generación del 27, una recopilación de los poemas y autores más importantes... —Al ver la cara de oveja perdida de Mar Don Hipólito explicó—: No tienes ni idea de quienes son ¿no? ¡Pero bueno, que os enseñan ahora en la escuela! ¡Sólo sabéis que jugar a los marcianitos!

Se olvidaba Don Hipólito que Literatura del siglo XX es materia de bachillerato, y no para niños de 9 años...

— Bueno, un libro de poesía que apreciaba mucho —continuó—. El caso es que de tanto leerlo, y tanto llevarlo de acá para allá, se acabó deshilachando la encuadernación un poco, y se soltaron un par de hojas, entre ellas un poema de Alberti. Lo metí entre las hojas del libro pero seguía cayendo una y otra vez y pensé que al final lo perdería. Tenía un marco por ahí rondando con una foto vieja, y se me ocurrió la idea de enmarcarlo. Cuando lo vio la Candela le encantó la idea y dijo que ella también quería enmarcar algo. Rebuscó entre uno de los viejos libros que tenía, y sacó una página que había prendido con un clip. El libro era "Cien años de Soledad", de Gabriel García Márquez, ¿tampoco sabes cuál es? Bueno igual eres algo pequeña para leerlo... Al año que viene... En fin, como te digo, tenía sujeto al resto de páginas el árbol genealógico de la familia Buendía, que es la protagonista del libro. Ese libro era su favorito ¿sabes? Así que lo enmarcó y allá se quedaron... Con el tiempo, empezamos a pedir a los amigos y al resto de familia que, si alguna vez se les quedaba huérfana alguna hoja de algún libro que significara mucho para ellos, la enmarcaran y la trajeran...

Mar sonrió, y comenzó a pensar si tendría alguna hoja perdida en casa.

—También cuando se caía alguna hoja de algún libro, si nos gustaba, lo enmarcábamos nosotros—continuó—. Eso sobre lo todo lo hacía mucho Candela, y luego Eduardo continuó la tradición... Y así, poco a poco, fuimos cubriendo las paredes de la escalera.

—¡Qué maravillosa idea!

—Gracias. Eso pienso yo. Y por eso digo que son como fotos, porque cuando miro una no veo la hoja en sí, sino a la persona que me la trajo.

—¿Yo puedo traer alguna?

—¡Pues claro! Pero tiene que significar algo para ti, ¿eh? ¡Y desde luego no vale hacer trampas y arrancarla! Tiene que caerse naturalmente, como las de los árboles.

En ese momento entró por la puerta Mayte, arrastrando el carro de la compra.

—¿Qué? ¿Ya te has decidido?

—Eh...

—Eso es que no... No puedo decir que me sorprenda... Y eso que te he dejado casi dos horas, hermosa...

—Mira Mar, ¿Qué te parece este? —dijo Don Hipólito—. Lo he recibido esta mañana. Se llama "La trampilla del bosque". Ya me dirás que tal...

—Eh...

—Hija, para leer tanto qué poco vocabulario tienes. Anda sí, vamos a llevarnos ese, Don Hipólito siempre acierta —dijo Mayte sacando la cartera.

Mar se dejó convencer, en parte porque su madre tenía razón en que Don Hipólito siempre tenía razón, y en parte porque buscar otro libro con su madre mirándole por encima del hombro y resoplando cual ballena no le apetecía nada.

Se despidieron amablemente del librero y se encaminaron hacia su casa. Cuando llegaron al patio recordó Mar que no había llegado a preguntar a Don Hipólito por el libro morado. Pensó que debía acordarse la próxima vez que lo visitara; que podría ser perfectamente esa misma tarde.

Sin embargo esa tarde a Rafa, el padre de Mar, se le ocurrió la idea de ir a jugar al balonmano a la playa. Mar podría ser un ratoncillo de biblioteca, pero también era una niña llena de vida y actividad.

—Te voy a machacar, abuelete —le dijo Mar a su padre.

—¿Cómo dices? Mira, si consigues meterme dos goles, porque uno es fácil, por la suerte del principiante; si metes dos goles, te compro... Te compro lo que tú quieras... Que valga menos de 20 euros.

Con semejante reto en la cabeza olvidó Mar su idea de pasar por la tarde por la librería para preguntar por el libro morado. Sin darse cuenta pasó el fin de semana, y aún casi toda la semana siguiente. No había vuelto a pensar en el libro hasta que, ese jueves, estando en clase oyendo a la "Seño" Margarita hablar del Imperio Romano, su mente empezó a volar por el aula... Miraba Mar el reloj esperando a que las manecillas de la clase dieran la hora del recreo. No se acordaba qué le había dicho su madre que llevaba para almorzar, pero sabía que era fruta, porque los jueves le tocaba siempre fruta."¿Qué me habrá puesto? Que no sea un ciruelo por favor..." Y de pronto, al pensar en la odiada fruta morada, se acordó del intrigante libro.

No pudo pensar Mar en nada más durante toda la mañana. Y eso que Agustín, el gato de la escuela, les había dado todo un show en el recreo, paseándose en equilibrio por el larguero de la portería, para luego subir de un grácil salto al tejado de uralita del cuarto de los balones, y pillar así sorprendido a un pobre pajarito que no esperaba acabar sus días como almuerzo escolar.

Volvió a mediodía a casa con un plan trazado.

—¡Hola papi! ¿Qué tal el día? ¿Has trabajado mucho hoy? —dijo nada más cruzó Rafa el umbral de la puerta.

Levantó Rafa su ceja izquierda, que era la de la sorpresa (no quisieras estar presente cuando levantaba la derecha, signo de cólera), y, sonriendo, preguntó:

—¿Tan pronto me vas a cobrar la apuesta?

Sonrió Mar con su mejor sonrisa, la de estrella traviesa, y, guiñando un ojo mientras apuntaba a su padre con los dedos como si fueran una pistola dijo:

—¡Acertaste!

—Está bien, una apuesta es una apuesta. —No hace falta de decir que Mar había ganado el reto de los goles de balonmano, más que por mérito propio, por falta de agilidad de su padre...

CAPITULO 3. ESTELA

La tarde del jueves fue eterna para Mar. Siempre pasaba lenta, porque tenía extraescolar de inglés y no le gustaba nada.

—A ver, ¿qué sentido tiene? Explícamelo, ¿qué sentido tiene? Que la "a" se pronuncie "ei", que la "e" se pronuncie "i" y que la "i" se diga "ai" ¿Estamos locos, o qué? —le solía decir a su amigo Sento, que era el primero en la clase de inglés y de mayor quería vivir en Estados Unidos.

"Riiiiinnnggg" Al fin sonó la campana, y Mar salió como una exhalación hacia casa. Al llegar a la altura de la librería, le pidió a su madre si se podía quedar un rato.

—Desde luego, parece que vas a heredar el local. ¿No tienes deberes? —preguntó Mayte.

—No, bueno si, pero los hago aquí.

Su madre suspiró. No le venía mal que Mar se quedara en la librería, puesto que tenía que visitar un cliente que estaba instalándose en un local del barrio. Llevaba este cliente toda la semana llamándole para que fuera a visitar la planta baja, ya que quería comenzar con el negocio lo antes posible y para eso necesitaba su proyecto de decoración. Era la madre de Mar diseñadora de interiores, y de las buenas... Tan buena que, desde que se había montado su propio estudio de decoración, no paraba de recibir nuevos encargos... Así que poder dejar a su hija en la esquina de su casa haciendo los deberes era bastante cómodo para ella. No obstante le sabía mal utilizar aquella librería de guardería. Miró a Mar, que seguía poniendo sus ojitos de "por favorrrrr", y entró en la tienda para preguntar.

— ¡Por supuesto! ¡Ya sabes que no hay problema! —dijo encantado Don Hipólito.

Se fue Mayte tranquila diciendo que volvería un par de horas más tarde. En cuanto salió por la puerta, ambos se miraron y sonrieron.

—¿Qué hay hoy en el menú? —dijo Don Hipólito.

—¡Esto! —dijo Mar sacando una fiambra con un paquete de galletas de avena.

—Puaggg, ya estamos. Nunca entenderé porque la gente de hoy en día se empeña en comer galletas que parecen hechas de corcho o barritas con comida de pájaro... —Mientras refunfuñaba sacaba una caja de lata de debajo del mostrador. Se acercó con la caja a la mesita

de los sofás y, con ademán de camarero e imitando un acento francés, le dijo a Mar—. Voilà, mademoiselle, "ici" tiené su meriendé. —Y le tendió a Mar la lata donde rebosaban barquillos.

Mar cogió un par, y, masticando a dos carrillos, comentaron el último episodio de su serie favorita, que ambos seguían con fervor.

Tras la merienda y la tertulia, recogió Mar las miguitas en la mesa y subió al piso de arriba a "ojeaar algunos libros", o eso le dijo al viejo librero. En realidad, sólo tenía intención de mirar un libro, pero seguía existiendo un gran inconveniente: la escalera.

Cierto, podía haberle dicho a Don Hipólito que le alcanzara el libro. Tendría que soportar su infantil burla, pero, sinceramente, tampoco era para tanto. ¿Entonces? Algo en la barriga de Mar le decía que no lo hiciera, que no le hablara del libro. Y Mar, como su padre le había enseñado, siempre le hacía caso a su barriga.

Ya en el piso superior se dirigió a la estantería de cocina. El libro morado seguía en aquel estante tan lejos de su alcance. En su imaginación aparecieron las dos Mar, la ratita de biblioteca y la jugadora de balonmano, buscadora de peleas."Seguro que es sólo un libro de cocina", le dijo la Mar estudiosa a la otra."¿No está en la estantería de libros de cocina? ¿Qué va a ser, un mapa del tesoro?" "¡Un mapa del tesoro!" exclamó la jugadora, que hasta entonces no había prestado demasiada atención. "¿Tú crees que lo es?" Inmediatamente se puso a saltar. "¡Caray estoy tan emocionada que tengo que hacer algo con toda esta energía!" Y su yo deportista se puso a hacer flexiones. Mar asistía a esta conversación imaginaria desde fuera sin saber quien tendría la razón. Cuando se dio cuenta, estaba mordiendo las uñas. Ya no lo hacía casi nunca, había conseguido quitarse el vicio. Sólo lo hacía en contadas ocasiones cuando estaba muy nerviosa, como por ejemplo, cuando tenía que subirse a una escalera.

Miró el lomo del libro y tomó una decisión. Inspiró profundamente y puso ambas manos en los bordes de la escalera. Cerró fuerte los ojos. Ahí estaba. El recuerdo. Los gritos. La oscuridad y el olor a húmedo. Su corazón latía como un tambor en una batukada, notaba el aire entrando por su nariz, cada vez más escaso, como si pudiera contar el oxígeno que entrara a sus pulmones: un oxígeno, dos oxígenos... Se sentía temblar, pero abrió los ojos y apretó los dientes. Suficiente. No iba a dejar que ese estúpido miedo dominara su vida. "La vida es un tablero de Escaleras y Serpientes gigante, ¿has jugado alguna vez? ¿No? Es parecido a la Oca" le había dicho Don Hipólito un día, durante una de sus meriendas. "Vas cayendo en casillas, en pruebas, a veces avanzas mucho de golpe y otras retrocedes una y otra vez, hasta que te dan ganas de darte por rendido. Pero no lo hagas Mar, no te des por vencida nunca, porque

cuando menos te lo esperas, caes en la casilla de la escalera y subes hasta declararte vencedora".

En ese momento la sólo mención de la escalera le había provocado picores a Mar, pero ahora veía la frase más que oportuna. Subió un pie y luego, de un tirón, el otro. "Bien, ahora solo tengo que hacer lo mismo seis veces más", pensó afligida.

El segundo fue el más difícil, y el que más tiempo le llevó. Se veía a una distancia ya considerable del suelo, y tenía un nudo tan grande en la garganta que no podía tragar. Pero de alguna manera, reunió el valor para subirlo, y luego otro más, hasta llegar, con lágrimas de nervios rodando por su mejillas, hasta el sexto peldaño.

En ningún momento bajó de nuevo la vista al suelo, sabiendo que entraría en pánico si lo hacía. Se había preocupado de colocar la escalera correctamente, por lo que el libro estaba ahí, al alcance de su mano. Pero para cogerlo, tenía que soltarse de la escalera. " No he subido aquí para nada". Pero su mano no opinaba lo mismo. Estaba clavada en el lado de la escalera y las intenciones de Mar parecían no ir con ella.

—Mano, tienes que soltarte —dijo Mar.

—No me da la gana —le respondió la mano.

—Sí mano, tienes que hacerme cas... ¿Pero qué hago, estoy hablando con mi mano? Tengo que hacer esto rápido o me voy a quedar loca como la cabra de la tía Manuela.

La cabra de la tía Manuela, que en realidad no era su tía sino su tía abuela, era un pobre animal que se había quedado un poco trastornado. Se había criado con una gallina como madre, y la cabra se pensaba que ella también era una gallina. Hasta intentaba cacarear. En casa de Mar se utilizaba como ejemplo de gente loca, lo que a veces daba lugar a cierta confusión, porque la gente entendía que la que se creía una gallina era la tía Manuela, y que por eso decían que estaba como una cabra. En fin, un lío.

Soltó por fin la mano, y alcanzó el libro morado, que efectivamente era de terciopelo. En el momento en que lo tuvo en la mano, supo Mar que ese no era un libro corriente. Admiró sus tapas, suaves como las de un peluche. El lomo, que estaba ribeteado con hilo dorado y verde, lo hacía parecer antiguo, aunque estaba en perfecto estado. Las hojas eran amarillas, o eso parecía con el libro cerrado.

Y de repente, el suelo. Había llegado al suelo. Había bajado la escalera Mar, sin darse cuenta, los seis peldaños que antes le habían parecido eternos. Ella estaba ahí, en el suelo, sana y salva. Lo que ya no estaba era el miedo. Se había ido.

—¡¡¡¡Adiós muy buenas!!! ¡¡¡Y no vuelvas!!! —le gritó Mar al miedo. La mala suerte es que el miedo es algo invisible, y justo para donde había gritado había un señor con gafas que pegó un bote casi al techo, miró a Mar, murmuró un lo siento y huyó despavorido de esa niña loca.

Se sentó en su sillón del rincón, con las piernas en el asiento, se repantigó bien, preparada para leer durante un buen rato. Pasó unos segundos observando la portada, que no tenía ningún título ni autor marcado. Acarició la suave tela, los hilos dorados, saboreando el momento de abrir y encontrar qué misterio guardaba aquella encuadernación tan peculiar. Era un libro grueso, pero no grande. Se lo acercó a la nariz y lo olfateó. No olía a libro viejo, olía a algo conocido. Volvió a aspirar el aroma. Algo dulce, algo bueno, algo que le evocaba tardes felices en casa de su abuela... Y de repente le vino la imagen exacta al cerebro ¡Olía a flan de caramelo!. Conteniendo la respiración, abrió por fin el libro.

Lo primero que observó es que estaba escrito a mano. No era un libro pues, era un cuaderno. ¿Un diario acaso? En la primera página había una dedicatoria: "A Estela ". Pasó la página, y se encontró el siguiente texto:

Calamares a la Romana

Ingredientes para 4 personas.

4 calamares o 500 gr de anilla de calamar, dependiendo de las ganas de trabajar que tengas ese día.

300 grs. Calamares

100 grs. Harina

140 ml. Agua

Medio limón

8 grs. Levadura

Sal y Aceite de girasol para freír.

Elaboración.

Primero empezamos limpiando y cortando los calamares. Si ese día estas flojo, entonces lo primero es ir al mercado y comprar las anillas de calamar. A continuación hacemos el marinado para los calamares.

Añadimos a los calamares el zumo de limón, un chorro de aceite de oliva. Y dejamos reposar durante 30 minutos.

Para preparar el rebozado pondremos en un bol la harina y despacio le iremos añadiendo el agua. Así evitaremos que nos queden grumos, que son esos tropezones que no le gustan a nadie.

Una vez ligada la harina con el agua, añadiremos la ralladura de la piel del limón, la sal y la levadura y lo removeremos para que se integren bien todos los ingredientes. Pasados los 30 minutos de reposo del marinado, los escurrimos bien y los añadimos a la pasta.

En aceite bien caliente y abundante, freímos los calamares hasta que resulten dorados.

Y luego a comer y a disfrutar.

En su cabecita oyó la voz de su yo marisabidillo que decía "Te lo dije".

Ósea que después de todo, sí era un libro de recetas. Menuda decepción, después de haberse enfrentado a su peor miedo. Por otra parte, ¡se había enfrentado a su peor miedo! Cierta orgullo le creció en el pecho, y una sonrisa se dibujó en su cara.

Pasó otra página, donde estaba escrito: "Buñuelos como los hacia mi abuela". La caligrafía era nerviosa, pero legible, con graciosos puntos encima de la i. Le pareció bastante peculiar la letra a Mar, y, siguiendo su intuición, volvió a la dedicatoria. No parecía para nada la misma letra. La de la dedicatoria era más seria. Sólo por curiosidad y aburrimiento, siguió hojeando el libro. Recetas de croquetas, de coca de llanda, de pescados y guisos, de arroces... Un libro de recetas escrito a mano, nada más... Todavía quedaba por lo menos media hora hasta que Mayte le recogiera, por lo que pensó que podría dar un vistazo a algún cuento. Se levantó del sofá, y fue a dejar el libro encima de la mesita, cuando una hoja se cayó. Voló hasta el suelo lentamente y balanceándose, como caen las hojas de los árboles.

La recogió del suelo Mar, y vio el título: "Receta para que no me olvides". "¿Cómo? pensó Mar, y la ceja Cercós de la sorpresa se levantó. Continuó leyendo.

Receta para que no me olvides.

500 gr de te quiero

Unos 200 gr de fotos

300 gr de lo que habíamos planeado juntos

3 cucharadas de pasión

Una pizca de discusión (ojo con las cantidades aquí)

Se remueve todo, se agita, se bate, se estira, se amasa, se hornea a fuego de corazón y se degusta. ¡Muy importante! Servir inmediatamente, no dejar nunca enfriar.

"¿Cómo?" repitió Mar. No era ella amiga de moñadas ni cursiladas, pero desde luego este tipo de receta le había sorprendido.

Volvió a sentarse en el sofá, y pasó página por página el libro, hasta que encontró la siguiente receta inusual:

Receta para la felicidad

3 partes de humor por cada golpe que te dé la vida

500 gramos de amigos

500 gramos de amor

500 gramos de familia

una cucharita de lágrimas

Una taza de ejercicio

Una taza de sueño

Un paquete de risas sin diluir

Dejar hervir y quitar todo el miedo al ridículo que aparezca.

Salpimentar con trabajo, y (esto depende del gusto) algo de dinero.

Quizás no fuera un libro con el mapa del tesoro, pero tampoco era un libro de recetas al uso. Siguió pasando página por página, y tuvo que avanzar más de veinte para llegar a otra original.

Receta de desengaño

Tres cucharadas de angostura

Un kilo de limones

Un puñado de aceitunas amargas

Cocer con queso del casar. Todo regado con un buen chorro de vinagre.

Cómo pudiste hacerme esto. Cómo pudiste hacerme esto

TE VAS A ARREPENTIR.

Se quedó Mar petrificada en su sofá. Se había ido haciendo poco a poco de noche, y la agradable luz dorada de la tarde se había vuelto pálida y fría. La penumbra inundaba el piso de arriba de la librería y a Mar se le puso la boca pastosa.

Dejó el libro encima de la mesa despacio, como si el libro fuera a atacarle a ella. Tragó saliva, y pensó que debía seguir leyendo. Levantó su mano temblorosa hacia el libro, cuando por el rabillo del ojo vio una sombra moverse en el piso, y dirigirse rápidamente hacia ella.

—¡Ah!

—¡Mar! Soy yo hija —le dijo su madre sonriente.

—Mamá. Qué susto me has dado.

—Claro, estás ahí leyendo a oscuras...

—No me he dado cuenta.

—Venga, que nos vamos para casa que se ha hecho ya tarde... ¿A qué no has hecho los deberes?

—No, pero ahora los hago, antes de cenar. Voy... Voy a guardar el libro mamá.

Cogió el libro Mar y fue a la sección de cocina. Lo guardó entre dos volúmenes amarillos, en el estante de más abajo, a ras del suelo, donde la gente mayor no solía mirar, por pereza a agacharse. Así era la gente mayor, si podían evitarlo, ni doblaban las rodillas, los muy vagos.

Se despidieron de Don Hipólito y se fueron para casa. Mar hizo los deberes como pudo, es decir, mal, porque le fue imposible concentrarse. Solo pensaba en el misterioso libro de cocina, y en esa amenaza. ¿Contra quién iría? ¿Quién era el autor o autora? ¿Qué habría pasado?

Y lo peor de todo es que al día siguiente era viernes, que era el día que tenía entrenamiento de balonmano, con lo que no podría ir a la tienda... Tendría que esperar al sábado... Demasiada prueba para su paciencia.

CAPITULO 4. LA HABITACIÓN CERRADA.

Aquel viernes se le hizo interminable. Le llamaron la atención varios profesores, porque le preguntaban en clase y ella ni siquiera se daba cuenta de que le estaban hablando a ella. Se sentía cada vez más atrapada en el misterio del libro de cocina.

Por fin llegó el sábado. Mar se levantó de un salto, bien pronto, y encontró a sus padres desayunando en la cocina.

—Qué tempranera —dijo su padre, a la vez que se levantaba para prepararle el desayuno.

—Buenos días.

—Buenos días princesa, ¿has dormido bien?

—Sí, muy bien —y Mar se dio cuenta que le acababa de mentir por primera vez a su madre, porque había pasado la noche en duermevela... Cuando consiguió dormirse, había tenido pesadillas con cuchillos de cocina asesinos.

Su padre le puso la leche (sola y fría, como a ella le gustaba), y Mar, intentando disimular los nervios y aparentando calma en su voz, dijo la frase que había estado ensayando gran parte de la noche:

—Mama, hoy querría ir a la librería, que tengo un trabajo de conocimiento del medio que hacer y quiero mirar un libro que hay allí...

—¿Hoy? Cariño, hoy no puede ser, hoy vamos a ir al pueblo... A casa de la tía Constanza... ¿No te acuerdas que lo hablamos ayer en la cena?

Mar no se acordaba de nada ¿Cómo se iba a acordar, si se había pasado el día pensando en sus cosas?

—No.

—Pero sí princesa, si los papas te lo explicaron ayer —le dijo su padre—. Tenemos que ir al pueblo a casa de la tía Constanza, porque vamos a recoger unas cosas que nos ha dejado.

Ante la cara de haba cruda de Mar, Rafa suspiró y volvió a contarle la historia a su hija, pensando que igual no lo había entendido bien.

—La tía Constanza era la hermana de una abuela de la mamá, cariño. Y hace unos meses que se murió, porque era muy mayor. Tu estuviste en su casa una vez pero eras muy pequeñita, así que seguro que no te acuerdas. La tía Constanza era... particular, especial. Así que no la vimos muy a menudo, de hecho tú no la viste más.

Rafa mojó un trozo de panquemado en el café con leche y siguió hablando y desayunando a la vez, con el bizcocho en la boca y todo.

—Pues bien, resulta que no tenía mucha familia, y que apreciaba más a la mamá de lo que parecía; no me extraña, era la única que la aguantaba... —En este punto Mayte le lanzó una mirada feroz por encima de su taza a Rafa, y este engulló el bocado que llevaba en la boca de golpe, (y eso que era grande)—. El caso es que le ha dejado una herencia a mamá, tu ya eres mayor para entender eso, y tenemos que ir al pueblo a recogerlo. Así que vamos a estar todo el fin de semana fuera, porque está en el interior y haremos noche allí. ¿Para cuándo es el trabajo?

—¿Qué trabajo?

—El trabajo de conocimiento del medio que tienes que buscar no se qué en la librería.

—Ah, sí, sí, el trabajo, eh, es para finales de semana —volvió a mentir, y se sintió fatal viendo lo fácil que era que se te escaparan las mentiras tan fluidas.

—Pues entonces entre semana vas, y si no, lo miramos en internet.

—Eso, sí, en internet —le dio la razón Mar, masticando despacito su ensaimada.

—Pues ale, cuando te termines el desayuno, pon en la mochila los deberes y lo que quieras llevar para entretenerte, ten en cuenta que allí no hay ni internet ni nada ¿eh?, de hecho la tele tampoco se ve especialmente bien —le dijo su madre.

—La fiesta... —dijo Rafa guiñando un ojo burlón a Mar. Disimuló cogiendo otro trozo de panquemado tras la amenaza de colleja que vio reflejada en la cara de su mujer.

Terminó de desayunar en tres tragos, recogió su taza y se fue al cuarto. ¡Todo el fin de semana fuera! ¿Cómo lo iba a aguantar? Intentó pensar en alguna excusa para pasar por la tienda, pensó en decir que se había olvidado el estuche el jueves pero hubiese sido sospechoso porque el viernes había estado en clase... Tras mucho pensar, no encontró manera, así que intentó resignarse a pasar el fin de semana en aquel pueblo del que nada sabía.

Tardaron unas dos horas en llegar, más que por la distancia, por discurrir gran parte del camino entre carreteras de montaña donde había que conducir despacio, porque cuando menos te lo esperabas aparecía un coche, un tractor o algún animalillo de la zona.

Tras varios cruces de carreteras pequeñas, entraron por la calle principal del pueblo. A ver, bonito, no era, seamos sinceros. Mar botaba como un canguro en la parte de detrás del coche porque la calzada estaba llena de baches. Miró por la ventanilla a su izquierda para observar el parque. Los columpios eran antiguos, había estructuras de metal para trepar, un tobogán oxidado y algunos tubos de construcción pintados de colores donde unos niños jugaban.

La calle de entrada daba justo a la plaza del pueblo, donde estaba la casa de la tía Constanza, que era la única que no tenía geranios en el balcón. Aparcaron en la puerta y bajaron del coche. La puerta de la casa se abrió y apareció una señora mayor, siguiendo a pies juntillas el prototipo de una señora de pueblo: falda por la rodilla negra, moño bajo y canoso recogido en la coronilla, y chaquetita de lana marrón.

—¡Madre mía que mayor estás! —le dijo a Mar cuando la vio.

—Hola tía —dijo Mayte—. Mar, esta es tu tía Encarna, una prima de la abuela.

—Hola —dijo tímidamente Mar, acercándose para recibir el consabido beso.

—Uys uys, que guapísima estás, y sobre todo, que mayor, ya eres toda una señorita. La última vez que te vi tendrías cuatro años...

—Cinco —dijo Mayte sonriendo—. Y ahora ya tiene nueve.

—¡Nueve! Parece que fue ayer, como pasa el tiempo...

La conversación siguió por tópicos varios a cerca de lo rápido que pasa el tiempo, cómo crecen los niños y ese tipo de cosas que a los adultos les encantan. Mar no entendía como la gente no se cansaba de hablar de lo mismo siempre. No sabía que esos temas se usan para hablar sin tener que decir nada verdaderamente importante. Más o menos el diálogo se traduce así:

—Blabla bla, bla bla ,¿No crees?

—Desde luego, bla bla bla y requete bla

Entraron entretanto en la casa. Nada más cruzar el umbral, a Mar le asaltó una extraña sensación de familiaridad ante la visión de aquellos muebles. Hacía más frío dentro que fuera, y Rafa fue a la parte de detrás a buscar algo de leña para la chimenea. Siguió Mar a su madre y a su tía por la casa, hasta el segundo piso.

—Mar, este será tu cuarto, que está al lado de los papas. Deja tus cosas ahí —le dijo su madre.

Mientras su madre y su tía seguían hablando, Mar entro en ronda de reconocimiento por su cuarto. Era, ¿cómo diríamos? Era como el pueblo, feo de narices. Extremadamente feo. Más feo que un pie, que, reconozcámoslo, es una parte bastante fea del cuerpo humano. Aunque por otra parte no tan feo como un codo.

Las cortinas eran rosas y tenían un estampado de girasoles, a juego con la colcha. El armario era marrón oscuro, y en la pared había un cuadro tipo bodegón; para los que no seáis expertos en arte, un bodegón es un cuadro que representa comida. En este caso, un plato con carne, unas manzanas y una jarra. Iba a todo a juego con el estilo de la casa, es decir, era todo muy difícil de mirar. Vamos, feo.

Dejó la mochila con sus cosas y fue a inspeccionar el resto de las habitaciones. Su madre y su tía habían bajado al piso de abajo, para hacer la comida, pues era tarde. El cuarto de sus padres era igual de desagradable a la vista que el suyo, sólo que un poco más soleado porque tenía ventana a la calle. En frente del cuarto de Mar había otra habitación, con un escritorio y una cama con una colcha azul, todo bastante anodino. Al fondo del pasillo, había otra puerta. Se dirigió hacia ella. Era marrón oscura, vieja, como el resto de las puertas. El pomo fue en otro tiempo dorado, pero ahora estaba tan desgastado que apenas se reconocía su color original. Mar llegó hasta la puerta, y cuando su mano se posó en el pomo, tuvo toda la sensación de déjà-vù: esto es, la sensación de haber vivido esa misma escena con anterioridad. Giró el pomo, pero este no cedió un ápice. Lo intentó con más fuerza Mar, frunciendo el ceño. Inútil, la puerta parecía cerrada o atrancada.

—Maarr, baja a ayudarnos —le llamó su madre.

—Voy mamá. —Miró la puerta con mala leche—. Bueno, de todas formas no te vas a mover del sitio. Volveré —le dijo imitando a Terminator.

En el piso de abajo, su madre y su tía preparaban ensaladas y freían tomate para la comida. A Mar le tocó pelar patatas para la tortilla, pero no le importó, porque era uno de sus

platos favoritos. Mientras pelaba con lo que ella creía que era gran habilidad y cualquier otro ser humano calificaría de asesinato, pensó en la puerta y en la extraña sensación que le había invadido desde que había llegado. Echó un vistazo al piso de abajo. Un sofá gris, unas sillas viejas de madera, un mueble de comedor lleno de figuritas... De pronto se quedó mirando una figura de una sevillana que estaba encima de la tele. Y la recordó. Recordó jugar con ella en el suelo de esa misma habitación.

—¡Pues claro! ¡Si ya me lo dijiste!

—¿Ya te dije el qué? —le preguntó su madre. Mar había hablado en voz alta sin darse cuenta.

—¡Yo ya había estado aquí!

—Pues claro Mar, pero... ¿te acuerdas? Eras muy pequeña..

—Sí, sí que me acuerdo... De algunas cosas.

Terminaron de cocinar y se sentaron todos a la mesa. La tía Encarna informaba a su madre de los cotilleos del pueblo, mientras Rafa y Mar hacían como que se dormían encima del plato, intentando disimular cada vez que les miraba su tía. Cuando llegó el momento de sobremesa y café, preguntó si podía ir a jugar arriba.

Fue directita a la puerta. Imposible, estaba cerrada. Aburrida, fue a su habitación y sacó su tablet de la mochila. No llegó a encenderla, porque en realidad no le apetecía. La dejó sobre la cama y cogió de su mochila un libro, pero tampoco llegó a abrirlo. No quería leer, no quería jugar a los videojuegos. Quería abrir la puerta.

Se levantó para deambular por la casa sin rumbo fijo. Fue al cuarto de sus padres a mirar por la ventana. La calle estaba desierta a esa hora, y hacía un poco de frío para jugar fuera. Volvió sobre sus pasos por el pasillo, intentando no mirar a la puerta del fondo. Para evitarlo, se metió en el cuarto del escritorio.

Miró en el armario, donde sólo había mantas viejas. Se sentó en la silla del escritorio, que estaba apoyado en una pared blanca, puesto que la habitación no tenía ventanas. Por cotillear, comenzó a abrir la cajonera de arriba a abajo. Abría y cerraba los cajones rápido, simplemente por ver lo que había dentro. "Vacío, periódicos y revistas viejas, cosas de coser, más periódicos viejos, una llave, manteles y trapos, un destornillador, un alicate y otras

herramientas, cuadernos y colores gastados... Un momento". Mar volvió a abrir el quinto cajón. Una llave vieja. "¿Será..?"

En menos que canta un gallo se plantó en frente de la puerta. Con el corazón acelerado metió la llave en la cerradura... "Que la abra, que la abra", deseó con los ojos cerrados. Giró la llave y "click click". "Uys, la ha abierto", pensó Mar, arrepintiéndose un poquito de su deseo.

Notó un repelús en la espalda, como un aire frío. Los nervios acudieron a Mar y pensó que tampoco hubiese pasado nada si no se hubiese abierto la puerta. Pero lo había hecho, y ahora tenía que entrar y ver que había. Si no se quedaría siempre con la duda. Se aferró al pomo de la puerta y, tragando saliva, giró la muñeca y empujó, sin saber que iba a encontrar al otro lado. Conforme se abría la puerta, la oscuridad llenaba el pasillo. Otro cuarto más. Sin ventanas ni luz, no se distinguía nada dentro, pero se adivinaban formas que Mar no identificaba. Sin atreverse a entrar, buscó Mar al lado de la puerta un interruptor. Su mano se sumergió en la oscuridad y palpó al lado de la puerta la pared de cal, fría.

Al encontrar el enchufe de plástico, contuvo la respiración, y lo encendió. Con la luz, pudo relajar la tensión. Otro cuarto más. Con una cama, una silla y un armario. Igual de feo, igual de aburrido. "Pues vaya", pensó. "Me había hecho ilusiones. Creía que habría un misterio en una puerta cerrada con llave". Sin muchas esperanzas, entró Mar en el cuarto para ver si había algo interesante. No se veía distinto de los otros cuartos, pero, a decir verdad, si que se *sentía* algo diferente. Algo pasaba en el cuarto. Algo que no se apreciaba con los ojos, que no se podía oír, pero que se notaba. Mar *lo notaba*. Recorrió despacio la habitación, y se quedó en el centro del cuarto. Justo ahí es donde más se advertía. Algo que hacía que su vello se erizara. No cabía duda, Mar notaba un soplo de aire en la nuca.

—¿Cómo es posible? Es un cuarto sin ventanas —dijo Mar en voz alta, por sentirse acompañada.

No era posible, pero era real, un soplo ligero de aire frío en la nuca. Mar, que siempre fue muy valiente, estaba un poco acongojadilla. "Las cosas tienen siempre una explicación", se recordó a sí misma, imitando en su cabeza la voz de su padre. Recorrió el cuarto con la vista. Nada a la izquierda, nada raro a la derecha, nada en frente, nada detrás. Un cuarto cerrado a cal y canto, sin respiraderos ni ventanas. "¿De dónde puede venir ese aire, esa... respiración?". Abrió los ojos de par en par ante la idea y justo cuando sus piernas estaban ya dispuestas a correr la maratón, se le ocurrió. Había mirado a todos los lados menos a uno. Arriba. Tomando aire levantó la vista con decisión y, ahí estaba.

En el techo de la habitación había una trampilla de madera, con una cuerda colgando. De ahí venía el aire. "Vaya, vaya, ¡sí que había un misterio!" Se quedó mirando un rato la trampilla, sin saber qué hacer. Si la habitación estaba cerrada, era por algún motivo. Con su deducción tipo detective, recapacitó:

—Sólo hay dos motivos para cerrar una puerta. Alguien no quiere que se entre en esa habitación. O bien... —Aquí Mar volvió a sentir un escalofrío—. O bien alguien no quiere que se *salga* de esta habitación.

Tragó saliva Mar ante su propia ocurrencia. Qué costumbre más fea, la de asustarse a sí misma. Tomó nota mental de dejar de leer tanto cuento de medio miedo, que decía ella, que luego se le ocurrían estas cosas y le entraban los canguelos.

—¿Estamos o no? —se dijo para volver a coger fuerza.

—Estamos —se respondió. Y con eso quería decir que estaba dispuesta a seguir resolviendo el misterio.

La cuerda no era muy larga, y Mar no alcanzaba. Acercó la silla al centro de la habitación, y comprobó su estabilidad. Dejaba bastante que desear pero en ese momento no vio más opción, si no quería llamar la atención de sus padres, que seguían abajo.

Se subió a la silla y con las dos manos tiró de la cuerda. No le hizo falta mucha fuerza porque la trampilla cedió rápidamente, golpeando el suelo y descubriendo una escalera de madera tipo plegable.

A Mar casi le da un patatús. ¡Una escalera oculta! Pero, ¿a dónde daría?

—Maarrrr. ¿Estás bien? —oyó a su madre en el piso de abajo. Al abrirse la trampilla, el extremo inferior había golpeado el suelo haciendo bastante ruido.

—Sí Mamá, estoy bien, estoy jugando.

—¿Has roto algo? —preguntó su padre. Era bastante conocido que Mar, y en general, las mujeres de la familia, en especial su tía Cristina, eran, digamos, poco hábiles con las manos. Las cosas tenían la incómoda tendencia a romperse a su alrededor, y era algo aceptado por todos.

—No, no he roto nada —dijo Mar un poco enfadada por el comentario.

—Vale, ten cuidado ¿eh?

—Siiii...

Bajó Mar de la silla con cuidado, y se quedó de pie frente a esa escalera de madera que había salido de la nada. Hacia arriba, solo oscuridad y ese aire frío, que tenía que venir de alguna ventana, por narices. "Esto no se puede quedar así", pensó, y se dispuso a comprobar si verdaderamente había superado su miedo a las escaleras, como el día pasado en la librería. Tenía esta diez peldaños y dos cuerdas que hacían las veces de barandillas. Inspiró y expiró fuerte, como para darse ánimos. Decidida a repetir la técnica del otro día, puso un pie en el primer peldaño, se agarró fuerte a las cuerdas y cerró los ojos, para subir el otro pie. Se sorprendió al darse cuenta que le costó mucho menos de lo que ella había pensado. Aún así, sentía los nervios a flor de piel. Cada vez que subía un escalón, veía más cerca la oscuridad del piso superior, y notaba el aire frío mover primero su rizo más alto, y poco a poco el resto de su pelo.

Cuando sus ojos se asomaron por la trampilla, no pudo ver nada. Sólo oscuridad y aire frío. Llegó al último escalón y subió. El suelo parecía de madera. Sus ojos se fueron poco a poco acostumbrando a la tenue luz, y empezó a distinguir formas, siluetas. De pronto, Mar tuvo la terrorífica sensación de no estar sola. Al principio fue solamente un pequeño murmullo, apenas audible. Después comenzó a escuchar voces. Sintió la sangre helarse en sus venas, y se quedó paralizada por el miedo. Oía las voces hablar despacio, como hablando en voz baja, pero era claro, ahí estaban. No obstante, no conseguía entender lo que decían. Consideró bajar otra vez por la escalera, pero le daba demasiado miedo moverse. Quizás no habían notado que ella estaba allí. En ese momento lo escuchó, bajito pero claro, una de las voces había pronunciado su nombre: Mar.

Temblaba de miedo, y como no sabía qué hacer, se le ocurrió disimular. Un sudor frío le recorría la espalda. Tenía que salir de allí, aunque para eso tuviera que abrir bien los ojos. Empezaba a distinguir viejas cajas y muebles cubiertos con sábanas a su alrededor. Y al fondo, la fuente de la luz: una ventana redonda mal tapiada, por la que se colaba la luz y el aire frío. En un arranque de valentía, se giró en redondo Mar y descubrió que la buhardilla no era muy grande, y que estaba llena de trastos viejos, muebles, baúles. Pero no se *veía* a nadie. Cuando tenemos miedo, las personas solemos recurrir a un truco barato: hablar en voz bien alta para hacernos los gallitos.

—Salid de donde estéis, no os tengo miedo —pero la verdad es que sus rodillas repiqueteaban como castañuelas.

Las voces continuaron susurrando, sin hacerle caso a Mar. Pasito a paso, fue reculando hacia la escalera para salir pitando, cuando una carcajada estruendosa llenó la habitación. Le siguieron más risas, que resonaron por toda la buhardilla. Y en ese momento ya no tuvo miedo. Porque no era la risa de ningún fantasma riéndose de ella, ni mucho menos. Esa carcajada la había escuchado una y mil veces. Y no le daba miedo, más bien lo contrario. Era la risa de su padre.

"¡Pues claro, menuda pava!" —pensó Mar palmeándose la frente. En lugar de bajar la escalera, Mar se puso en el centro de la habitación y se tumbó con una oreja pegada en el suelo. Desde ahí las voces se oían un poco más fuerte: eran las voces de sus padres y de su tía en el piso de abajo. Y así tumbada como quien se va a echar la siesta, le vino a la cabeza el recuerdo de la escalera, que en tantas ocasiones le había atemorizado, y que ahora se explicaba. No era la primera vez que estaba allí. En su anterior visita a la casa, de pequeña, debió entrar a la habitación del fondo, donde estaría la escalera abierta por algún motivo. Y Mar había subido. Ese sitio oscuro, frío le había aterrorizado, al fin y al cabo era pequeña. Sobre todo cuando oyó las voces del piso de abajo. Mar recordaba gritos. "Todo el mundo dice que la tía Constanza estaba un poco para allá, así que igual sería ella gritándole a alguien". Ósea que de ahí venía todo. Se dio la vuelta y se tumbó de espaldas, sin importarles el polvo que hubiera. "Menuda tontera, y por eso tantos años asustada".

Se levantó, se sacudió la mugre, y durante un buen rato estuvo cotilleando los muebles viejos y las cajas. Encontró cosas muy interesantes, libros y fotos antiguas, que le llevaron a resolver algún que otro embrollo en su familia. Pero esa es otra historia y no viene a cuento del cuento ahora.

Bajó cuando se hizo casi de noche y ya no veía absolutamente nada, y, tan emocionada y segura iba recuperada de su miedo, que a punto estuvo de bajar la escalera como si fuera superman, con los puños y la cabeza por delante.

Fue incapaz de recoger la escalera así que no tuvo más remedio que bajar al comedor y contar que había estado en la buhardilla. A su tía Encarna mucha gracia no le hizo pero se le pasó en cuanto Mar empezó a enseñarle las fotos viejas que había encontrado. Resultó que después de todo, la tía Encarna era bastante maja, y se pasó el resto del fin de semana contándole historietas de sus tiempos mozos.

El domingo por la tarde, una vez cargadas las cajas que la tía Constanza les había dejado, se despidieron de su tía Encarna con un gran abrazo. Les invitó efusivamente a volver

cuando quisieran. Más adelante, Mar pasaría el mejor verano de su vida en esa casa, resolvería varios misterios, y conocería a los mejores amigos que encontró, a excepción de Don Hipólito. Pero eso es otro cuento que no viene a cuento.

CAPITULO 5. POSTRES DE MUERTE

Se durmió en el camino de vuelta, soñando con escaleras que hablaban y pasadizos secretos empapelados en fotos, y con ella misma abriendo infinitas cajas. En el fondo de todas esas cajas había siempre lo mismo: un libro morado de recetas de cocina.

Se levantó el lunes de buen humor y con un propósito firme: descubrir cuanto antes que había detrás del misterio del libro de cocina morado. Mira por donde, le había gustado esto de ser detective, tal y como siempre le había aconsejado Don Hipólito.

No pudo sin embargo ir a la librería hasta el miércoles, así que cuando por fin cruzó el umbral de la tienda, parecía un toro recién salido a la plaza.

—¡Hola Don Hipólito! —dijo mientras subía ya las escaleras.

—¡Hola Mar! ¡Pero bueno qué ímpetu! ¿No hay merienda hoy?

—¡Luegooo! —le gritó Mar ya casi en el piso de arriba.

Don Hipólito se encogió de hombros y murmuró algo acerca de las pilas de la juventud, y la manía de correr, y cómo tanta agitación no podía ser buena para el estómago, mientras desembalaba el último pedido.

Antes de que Don Hipólito acabara la frase ya estaba Mar en frente de la estantería de la sección de cocina, con el corazón desbocado, más por la emoción que por la carrera. Le había dicho a su madre que iba a consultar un libro y que tardaría, así que tenía por lo menos dos horas antes de que ella volviera. A muy malas, le podía pedir prestado el libro a Don Hipólito.

Como bien había pensado Mar, ningún viejuno había hecho el esfuerzo de agacharse a rebuscar en el último estante, así que el libro morado seguía en el mismo lugar. Esperándola.

Lo tomó Mar y se hundió en su sillón, dispuesta a resolver el misterio. Repasó las "recetas" que ya había leído, y se dispuso a ver cómo seguía la historia. Tuvo que leer recetas de salmorejo, gazpacho, zumos, arroces, y hasta de lentejas con chorizo, pero al final llegó a una página en blanco.

Tras esta página, empezaba un nuevo capítulo. El título estaba escrito con la misma caligrafía, sólo que habían apretado mucho más el bolígrafo contra el papel, y la letra era más angulosa. El título era el siguiente:

Postres de muerte.

Estaba subrayado con una línea negra oscura, casi como una gota de tinta derramándose. Después venían una serie de recetas de postres. Mar leyó la primera, sin poder evitar estremecerse en el sillón.

Tiramisú... Ojo, está de muerte

2 huevos

250 gramos de Mascarpone

100 ml de Nata para montar

Una cucharadita de azúcar

Chocolate en polvo

Café

Un dedal de ron o licor de café

Bizcochos tipo lenguas de gato (esos planos y esponjosos)

Se baten los huevos con el Mascarpone, la nata y el azúcar. En un cuenco disponemos el café con el dedal de licor y el dedal de matarratas. Mojamos los bizcochos en el café y hacemos una capa en un recipiente. Cubrimos esta capa con la mezcla de mascarpone, que quede bastante espesa. Espolvoreamos con el chocolate en polvo. Volvemos a poner otra capa de bizcocho mojado en café. Así tantas veces como se quiera, aunque con tres capas suele ser suficiente. En la última dejar bastante mezcla de mascarpone y cubrir con chocolate abundantemente. Si se desea, se puede rallar chocolate puro encima. Después debe estar un día entero en la nevera, reposando. ¡Listo! Ya tenemos un tiramisú con el que morirse del gusto.

A Mar le gustaba la cocina, pero tampoco tanto. Así que la primera vez que leyó la receta no se dio cuenta. Aún así, sabía que había algo raro, el título y la última frase no daban lugar a equívocos. Volvió a leerla más despacio y entonces lo vio. Matarratas mezclado con el café.

¡Era el libro de un asesino! Brownie, Tarta de Queso, Mousse de Maracuyá, Tartaletas de Moka... Uno tras otro, los postres que seguían en ese capítulo añadían en las instrucciones un dedal de matarratas.

—La verdad es que tienen todos una pinta buenísima —pensó Mar, notando el vacío en su estómago—. ¡Qué digo! ¡Si son recetas para envenenar a alguien!

Las leyó todas, página por página. Eran veinte en total. Mar quería desesperadamente averiguar algo más, pero en las veinte recetas no había ninguna otra anotación. Por fin alcanzó la última página con la esperanza de que lo explicara todo. Pero... ¡Estaba arrancada!

—No, ¡no puede ser! No puede acabar así... —volvió a hojear el libro entero, pero no había nada nuevo. Quizás esa hoja se había caído cuando sacó el libro de su sitio.

Corrió a la estantería y miró en el hueco de la última balda. Nada. Miro hacia arriba, al lugar original del libro. No le quedaba más remedio que volver a subir la escalera. Sacudió la cabeza Mar. Esto era más importante que su miedo, además, ya lo tenía superado... Más o menos. Subió todo lo rápido que pudo e inspeccionó el sitio original del libro de terciopelo. Tampoco había nada.

Bajó con cuidado la escalera. Sólo cabía hacer una cosa: contarle a Don Hipólito lo que había encontrado. Recogió el libro de la mesita de noche y bajo al piso de abajo.

Don Hipólito estaba detrás del mostrador, de espaldas, ordenando algunos libros, pero la oyó bajar porque Mar no era precisamente delicada y silenciosa como un cisne...

—Hombre, ¡Si te has decidido a bajar!... Pues ahora ya es un poco tarde para merendar, ¿no crees?

—Sí, bueno, no he bajado por eso Don Hipólito, he encontrado un libro...

—¿¿¿QUÉEE???) ¿Has encontrado un libro? ¿En una librería? ¡Madre mía que me da un vahído! —se abanicaba con fingido agobio Don Hipólito y se ponía la mano en la frente como si se fuera a desmayar.

—Don Hipólito... ¡Qué esto es serio!

Algo notó en el tono de preocupación de Mar o en su carita que le hizo cambiar de actitud. Bajó del taburete donde estaba subido y se apoyó en el mostrador.

—Señorita, mis sinceras disculpas. Tiene usted toda mi atención.

Mar suspiró y contó la historia:

—El otro día encontré este libro —y le tendió el libro a Don Hipólito.

Éste lo tomó y pasó sus manos sobre la portada, como acariciándolo.

—Sí, este libro, creo que lo recuerdo ¿es curioso, verdad? Me parece que trataba de viajes... No, espera, de cocina, ¿es de cocina verdad?

—*Parece* un libro de cocina, un libro de recetas, pero no lo es Don Hipólito. Le juro que no lo es.

Don Hipólito miraba a Mar por encima de sus gafas, que tenía en la punta de la nariz. Sin decir nada más, hojeó el libro. Se quedó mirando una página cualquiera. Mientras tanto Mar acercó otro de los taburetes para poder sentarse al otro lado del mostrador.

—Pues Mar, a parte del hecho, extraño, de que está escrito a mano, y el hecho, todavía más extraño, de que esta receta de paella está perfecta y no lleva ingredientes tipo chorizo o guisantes, y seguramente salga de rechupete, no veo qué tiene de raro...

Sin decir nada le quitó Mar el libro de las manos, buscó la primera receta "rara" y se la enseñó a Don Hipólito.

—Anda ¡Qué curioso!.

—Si, eso pensé yo, pero hay más.

Mar le enseñó una por una las recetas. La expresión de Don Hipólito iba mostrando su creciente asombro. Para cuando llegaron al capítulo de los postres y Mar le enseñó el ingrediente "secreto", la cara de Don Hipólito era todo un poema.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mar.

—Bueno, lo primero es saber de dónde ha salido esto. Así que vamos a buscar en el archivo... Giro la pantalla del ordenador para que Mar también pudiera ver.

Mar se iba a volver loca viendo cómo Don Hipólito tecleaba. Iba tan rápido como si en las manos llevara puestas unas manoplas. "Manoplas, MA— NO— PLAS, jijiji, qué palabra tan graciosa... ¡Pero bueno! ¡Se me está yendo la olla a Camboya! ¡Céntrate Mar!. Aquí hay algo importante en juego" . Tras un largo espacio de tiempo, la mirada de Don Hipólito brilló, y Mar de repente lo encontró más joven:

—¡Lo encontré! ¡Aquí está el registro!.

Un instante de tensión se vivió en la librería. Mar se inclinó sobre el mostrador, poniéndose casi de pie en el taburete, mientras Don Hipólito leía en voz alta:

—Título: no indicado. Contenido: Recetas varias de Cocina, Manuscrito (terciopelo morado). Edición: no indicado. Recibido: 15/03/1999. Autor: no indicado .Catalogado en: Cocina. Adquirido : junto con diversos ejemplares. Gustavo Pérez. Telf. 96330890, Valencia.

Tras las últimas palabras quedaron en silencio. ¡Un teléfono! Tenían la obligación de llamar, y ambos lo sabían. Pero lo que pudieran averiguar asustaba a cualquiera. Don Hipólito miró su reloj de muñeca.

—Todavía son las siete. ¿Llamamos? —preguntó con actitud infantil.

—¿Y qué decimos? —replicó Mar.

—Pues... Que hemos encontrado este libro y que nos ha interesado, que nos gustaría hablar con el autor.

—¿Y si no quiere ponerse?

—Decimos que somos de una librería, que nos gustaría editarlo. Ningún escritor se va a resistir a eso.

—¡Pero, eso es mentira! —acusó Mar.

—Bueno, sí, es una mentirijilla de nada... Y está mal, tú nunca tienes que mentir, ¿me oyes?. Pero yo ya soy mayor y a mi ya no me riñe nadie —dijo guiñándole un ojo—. A ver, díctame los números.

Marcó los números Don Hipólito. Mar sentía el estómago hecho una boñiga de lo apretado que lo tenía, y tan nerviosa estaba y tanto apretaba la barriga, que se le escapó un pedete.

—Perdón —y se puso roja.

Don Hipólito estaba concentrado y no se dio cuenta de nada, aunque Mar lo vio arrugar la nariz. De pronto sus cejas se levantaron y dijo:

—Si, hola buenas tardes. ¿Podría hablar con Gustavo Pérez?.... Ah ¿Es usted su hijo? Verá soy el propietario de la *editorial ejem* —dijo tosiendo a la vez de pronunciar la palabra,

para disimular— y, bueno, he encontrado un libro de su padre, que resulta muy interesante... Si, exactamente. Es un libro de cocina... Si, cocina.... Eh no sé, no sé si lo escribió su padre... Aha, aha, ya, bueno la verdad no sabría decirle. Estaríamos interesados en publicarlo, pero nos gustaría hablar con el autor, claro... Ah, ¿sí? mmmm. Ya, entiendo. Aha, aha, mmmm. Y... por casualidad, ¿no sería posible que le visitáramos en la residencia? ¿Sí? Ah, estupendo, estupendo. Si claro, se lo agradecería muchísimo... Un momento voy a coger un papel —En ese instante se puso Don Hipólito como a bailar la sardana, o eso le pareció a Mar, hasta que se dio cuenta que estaba chasqueando los dedos para que Mar le alcanzara algún papel. Encontró al final uno en la bandeja de la impresora y siguió hablando—. Si, estoy listo. Aha, aha, aha. Muy bien, se lo agradezco muchísimo... ¿Y qué días me ha dicho que podía visitarle...? Aha, mmm, está bien. Muy bien pues de verdad que gracias, seguiremos en contacto. Un saludo.

Mar miraba expectante por encima del mostrador.

—¿Qué ha dicho? —aunque intuía por donde había ido la conversación

—Pues que Gustavo Pérez es su padre, y que ahora mismo ya no vive ahí, sino en una residencia. No le sonaba nada que su padre escribiera y menos aun que cocinara; según él una vez le vio intentar hacer un huevo frito y lo único que consiguió fue quemar la campana de la cocina... Pero me ha dado la dirección de la residencia, y me ha dicho que avisará a su padre que vamos a ir a verle este miércoles por la tarde. ¿Qué te parece? ¿Te apuntas, Marlock Holmes?

—Pero Don Hipólito, ¿y si es un asesino!? ¡Hay que decírselo a la policía!

—¿Y qué le diríamos exactamente a la policía? ¿Que en un libro escrito a mano hay una receta de cómo envenenar a alguien, pero que no sabemos ni quién lo escribió ni si mató a alguien o no? No, no sabemos nada. De entrada, lo más probable es que sea sólo una fantasía. Mira a tu alrededor. ¿Cuántos asesinatos, cuantos crímenes perfectos hay entre estas paredes? ¿Deberíamos entonces suponer que estos autores escribieron solamente lo que pasaba por su imaginación, o probaron sus propias ideas? No, es sólo un relato, y aún así me muero por saber más... Tenemos que hablar con él.

La curiosidad pudo más que el miedo en Mar. Además, ¿qué le iba a pasar yendo con Don Hipólito? Asintió con una sonrisa.

—Muy bien, pues ahora le preguntamos a tu madre si puedes venir.

CAPITULO 6. LA RESIDENCIA

El resto de la tarde estuvieron hablando del libro, imaginando posibles situaciones y autores. En una hora llegó Mayte y Don Hipólito le preguntó si el miércoles podía acompañarle Mar a ver a un señor en una residencia, que tenía información sobre un libro muy interesante para él. Había ido alguna vez con Don Hipólito a alguna feria de libros antiguos, algún sábado. Esto era un poco más raro pero Mar le rogó que le dejara ir.

—Sólo será una hora, como mucho —dijo Don Hipólito.

—Bueno, está bien, si es lo que tú quieres Mar —pensó Mayte que su hija quizás pasaba demasiado tiempo entre libros, y a lo mejor debiera empezar a animarla a ir más al parque y menos a la librería, para que jugara con niños de su edad.

Eterno se le hizo el martes, contando cada minuto que faltaba para resolver el misterio. O por lo menos para intentarlo.

El miércoles, a la hora convenida, su madre le dejó en la librería. Don Hipólito estaba listo con su chaqueta azul de siempre. La residencia estaba en el centro, por lo que cogieron un taxi.

—Así más rápido —dijo Don Hipólito.

Llegaron a la residencia en diez minutos. Era un edificio naranja, en una gran avenida. Si no estuviera el cartel, nadie sabría que no era un edificio de apartamentos más. Se acercaron a la lujosa recepción y le preguntaron al recepcionista por Gustavo Pérez.

—Ah sí, me ha dicho que esperaba visita, pasen por aquí.

Entraron en un salón amplio, agradablemente iluminado y decorado. Había mesas y sillones, con una televisión al fondo. Estanterías con juegos y libros adornaban las paredes. Parecía más un club social que una residencia. El recepcionista les hizo pasar y se sorprendió cuando Don Hipólito le preguntó quién era el Sr. Pérez.

—Pensaba que eran ustedes amigos o familia —dijo desconfiado.

—No, no exactamente —y Don Hipólito sonrió para intentar mostrarse encantador. El recepcionista no pareció muy convencido pero igualmente les indicó quién era.

Gustavo Pérez era un señor de más de 80 años, con una espesa mata de pelo canosa. Delgado y de aspecto sano, leía un periódico en un sillón azul. Hasta que estuvieron justo delante suya, no levanto sus ojos del diario.

—Buenas tardes —saludó.

—Buenas tardes —dijo Don Hipólito.

—Por favor siéntense —les invitó con un movimiento de mano—. ¿Es usted de la editorial que me comentó mi hijo?

A Don Hipólito no le pasó desapercibido el tono de extrañeza en su voz, ni la mirada interrogante a Mar.

—Sí, soy yo. Me llamo Hipólito Castaños. Espero que no le importe que haya venido acompañado de mi nieta. Mar saluda, anda.

Mar alucinó en colores con esa faceta mentirosa que le estaba descubriendo a Don Hipólito. ¡Lo hacía con tanta naturalidad! Se dio cuenta entonces de lo poquito que sabía de su juventud.

—Hola —dijo tímidamente, sin levantar la mirada del suelo.

—Hola guapa, ¿quieres un chocolate o algo para merendar? Yo te invito —llamó mientras tanto a una camarera que andaba por el salón. Desde luego no era una residencia para pobres—. ¿Y usted quiere alguna cosa, un café?

—Un café sería perfecto, muchas gracias.

—Renata, bonita, anda tráele un café a este señor y un chocolate y algún dulce para su nieta guapa.

—Muy bien, ¿quiere usted algo Sr. Pérez? ¿Más manzanilla?

—Sí, por favor.

Siguió con la mirada el Sr. Pérez a Renata mientras se marchaba, y le hizo un gesto de complicidad a Don Hipólito, refiriéndose a la chica.

—Con gusto me tomaría yo también un café, pero ya ve, tengo una úlcera estomacal del tamaño de una rueda de camión, y no puedo comer muchas cosas... Pero, dígame, ¿me dijo mi hijo que preguntaba usted por un libro de cocina?

—Sí, efectivamente. Ha llegado a mis manos un libro de cocina, y me dieron su referencia.

—Ya, a sus manos. ¿Y de qué editorial me dice que viene?

—De la Luz de la Candela, ¿la conoce usted? —dijo Don Hipólito sin parpadear.

—No, la verdad es que no —respondió campechanamente Gustavo.

—No me extraña, somos una editorial pequeñita... Nos dedicamos sobre todo a libros de cocina, y como le dije, adquirí uno hace poco bien interesante. Desgraciadamente, no traía nombre de autor, pero en la librería donde lo adquirí me dieron su contacto.

Trajo Renata entonces las bebidas y un trozo de pastel de chocolate para Mar, a la que le hicieron chiribitas los ojos. Tras un sorbo a la manzanilla, continuó el Sr. Pérez.

—Pues me deja usted atónito, la verdad. ¿No habrá traído por casualidad el libro?

—No, la verdad es que no...

—Lástima. Verá, Sr. Castaños... Para mí que tiene que haber habido alguna confusión. Yo no he cocinado en mi vida, y leer y escribir, lo justo. Yo soy más de jugar al truc y al dominó. ¿Juega usted?

—Un poco.

—Pues nada si quiere jugamos una partidita, mientras su nieta se termina el pastel. ¿Está bueno, bonita?

Mar asintió con la cabeza, porque tenía la boca llena del pastel.

—Si ¿verdad?. Todo el mundo lo dice, que aquí hacen un pastel estupendo, aunque ya le digo yo que he probado mejores. Pues nada, como le comentaba, no tengo ni idea de lo que me habla. ¿Quiere que juguemos esa partidita?

—No, no, pero se lo agradezco. Señor Pérez, disculpe que insista. En la librería me informaron que el libro lo había vendido usted...

—¡Pues ya le digo yo que no! Tanta pregunta, tanta pregunta...¡Es usted un preguntón, y un poco cotilla! —De pronto el Sr. Pérez parecía molesto—. Si no se le ofrece nada más, me va a disculpar. Que pasen una buena tarde. —Se levantó del sillón y se marchó sin que a Don Hipólito le diera tiempo a contestar, y a Mar a cerrar la boca.

—Aquí hay más que rascar —dijo Don Hipólito, ya en el taxi.

—Desde luego sospechoso parecía —contestó Mar, adoptando un lenguaje detectivesco.

—Y bien, dime Mar. ¿Por dónde podemos seguir?

Parecía Don Hipólito conocer la respuesta, y simplemente estar interrogándola como un maestro haría con sus alumnos. Recapitó Mar, y pensó cuál debiera ser el siguiente paso. No parecía el Sr. Pérez animado a contestar sus preguntas, así que por ahí no podían sacar más información. Sin embargo, no tenían otro contacto, no había nada más que estuviera relacionado con el día. "Un momento" pensó Mar. No había nada más, pero había *alguien* más.

—¡Hablemos con su hijo! —exclamó.

Sonrió con aprobación Don Hipólito, porque él había llegado a la misma conclusión. Cuando llegaron a la tienda, se apresuraron a llamar al hijo del Sr. Pérez, antes de que éste tuviera noticias por parte de su padre.

—Si, ¿Sr. Pérez hijo? Si verá, soy Hipólito Castaños el dueñ-ejem- de la edito-ejem- del otro día. Sí, sí, hemos ido a visitar a su padre esta tarde, un caballero encantador. Nos ha invitado a un café y a jugar al dominó. Sí, eso.. Pero resulta que, lamentablemente, el Sr. Pérez no se acordaba de ciertas cosas, y me ha remitido a usted. Me ha dicho que tiene usted memoria de elefante y corazón de león —dijo guiñándole un ojo a Mar—, y me pregunto si podría acercarme a su casa para hablar con usted... Sí. Aha, si. mmmm. Entiendo pero no le robaré mucho tiempo... ¿Sí? ¿Donde vivía usted? ¡Uys pero si estoy justo al lado! ¿Qué le parece ahora mismo? ¡Perfecto! Pues en unos minutos estamos ahí...

—¡Vamos Mar! ¡Esto está casi resuelto! —dijo cogiendo su abrigo. Parecía rejuvenecer por momentos.

—Pero Don Hipólito, ¡miente más que habla! —dijo Mar sorprendida—. ¿Cómo ha conseguido que le vea ya?

—Ah Mar, eso se sabe cuando te haces viejo, pero en general y para que lo tengas en cuenta, nadie se resiste a los halagos, y menos si encima vienen de su propio padre. Vamos, cojamos un taxi en la parada, que de cerca nada, este tío vive en la otra punta de la ciudad.

Mar no podía creer lo que oía, ¡Don Hipólito diciendo "tío"! La llevó de la mano arrastras, casi volando, hasta la parada. Menos mal que estaba casi en frente de la librería.

Tardaron por lo menos veinte minutos en llegar a la dirección. Mar estaba tan nerviosa que se había vuelto a morder las uñas, llevándose un coscorrón por parte de Don Hipólito, que justo le había pillado.

Ya en el rellano del Sr. Pérez (hijo), Don Hipólito se giró hacia Mar y para su desesperación le dijo en voz bajita:

—Sólo espero que no le haya llamado su papá para hablar de nosotros.

¡Si eso había pasado, estaban listos! ¡El Sr. Pérez hijo les daría con la puerta en las narices! ¡No querría hablar con ellos! "¡Dios, qué nervios!", pensaba Mar. De pronto vio que Don Hipólito la estaba mirando raro:

—¿¡Pero qué haces Mar!?! ¡Estate tranquila!

—¿Por qué dice eso..? —se dio cuenta conforme respondía que estaba en el suelo haciendo flexiones, justo como su yo mental hacía —Uys perdón —dijo levantándose—. ¡Es que me pongo nerviosa y no sé qué hago!

Don Hipólito llamó al timbre.

—No, si ya, ya me había dado cuenta... Lo he notado antes con el pedete que te has tirado...

Antes de que Mar pudiera contestar, se abrió la puerta, y un hombre de unos cuarenta años y cara sonriente apareció en el umbral.

—Hola, buenas tardes, pensaba que ya no veía...

—Si bueno, me he retrasado, tenía que recoger a mi nieta de la escuela. Esta es Mar y yo soy Don Hipólito Castaños, propietario de A la luz de la Candela Ediciones de Cocina. Saluda, Mar.

"Ala, todo de carrerilla", pensó. Esto se estaba convirtiendo en habitual, lo de ponerla como excusa.

—Hola —saludó Mar, esta vez un poco menos tímida. "A todo se aprende".

—Hola, hola. Pero, por favor, pasen —les dijo invitándoles a entrar. Definitivamente no había tenido tiempo de hablar con su padre.

Les condujo hasta el salón de la casa, bastante más modesto que la residencia.

—Tomen asiento, ¿les puedo ofrecer algo de beber?

—No, gracias, no nos quedaremos mucho. Verá sólo queríamos preguntarle por el libro de cocina que le nombré el otro día...

—Ah, ¿mi padre no sabía verdad? Claro, ya le conté lo del huevo. Pues otro día cuando era pequeño fue hacerme una crema de verduras porque me dolía la barriga y se olvidó de poner la tapa a la batidora...

—Sí, sí, ya lo pilló. Verá, cómo le he comentado a su padre, conseguí el libro en una librería de barrio. Es un libro morado de cocina... No pone el autor, pero me dieron el contacto de su casa...

—¿En una librería? Un momento... ¿Una librería vieja, con la fachada verde, así un poco cutre?

Se puso rojo Don Hipólito y dijo entre dientes. "Si, si, esa"

—Ah. Pues verá, cuando mi padre se fue a la residencia, hace ya algunos años, llevamos a esa librería unas cajas con bastantes libros... Es que antes yo trabajaba por aquella zona y me pillaba de paso... Nos atendió un chiquito así joven, muy majo.

"Eduardo" pensó Mar.

—¿Entonces llevó usted varios libros?

—Dos cajas enteras. Pues anda que no pesaban... Tuvimos que ir los dos, mi padre y yo, si no, no hubiera habido manera.

—Creía que a su padre no le gustaba leer —dijo Mar.

Ambos miraron sorprendidos a Mar, pero el Sr. Pérez respondió.

—Pues... No... No le gusta mucho. A la que le gustaba mucho leer era a mi madre. Y ¡anda! ahora que lo pienso, también le gustaba mucho cocinar. ¡A ver si el libro era suyo!

Dieron un respingo Mar y Don Hipólito, e, intentando controlar la emoción, dijo Don Hipólito:

—¿Por casualidad no se llamaría Estela su madre?

—¡Pues si! ¿Cómo lo sabe? —le dijo el Sr. Pérez como quien asiste a un truco de magia.

—¿Y dice usted que le gustaba cocinar? —preguntó de nuevo Don Hipólito.

—Sí, sí, le gustaba mucho. Siempre estaba haciendo pasteles, a mi padre le encantaban también. De hecho, siempre hacía un pastel entero para él y otro para nosotros dos, ya ve, le llamaba su "zampabollos" —pareció ponerse triste de repente.

—¿Dónde está su madre ahora? Pregunto por el libro, ya sabe —dijo Don Hipólito.

—Mi madre murió cuando yo era pequeño. Una gastroenteritis mal curada, o algo en mal estado, no supieron bien los médicos. Ya ve que ironía, ella que cocinaba tan bien...

Afortunadamente no se dio cuenta de la mirada que cruzaron Mar y Don Hipólito.

—Bien, Sr. Pérez, nos ha ayudado usted muchísimo. Nos vamos a marchar ya, que no queremos molestarle.

—Por favor no se preocupen... ¿Entonces lo van a publicar?

—¿Publi..? Ah sí, bueno, lo vamos a estudiar. Estaremos en contacto —dijo apresuradamente Don Hipólito—. No le doy mi tarjeta porque me la he dejado en otra chaqueta, pero ya tiene usted mi teléfono y yo el suyo, hablamos pronto —dijo estas últimas palabras ya casi en la puerta, tirando de Mar.

—Bien, bien, le llamaré entonces. Hasta pronto.

—Hasta pronto, hasta pronto —dijo Don Hipólito ya desde la escalera.

—Don Hipólito no corra tanto que nos va a pillar —dijo Mar por lo bajini.

—Calla y corre, que no se ha dado cuenta que no tiene mi teléfono, no vaya a ser que me lo pida.

De vuelta no hablaron apenas, pues no querían comentar lo ocurrido delante del taxista. Cuando llegaron esperaba ya Mayte en la puerta, por lo que se despidieron con un "hasta luego" y "gracias por acompañarme".

CAPITULO 7. UNA MEMORIA EXTRAORDINARIA

No pudo volver a la librería Mar hasta el sábado. Llegó nada más abrir Don Hipólito, con la excusa de llevarle unas galletas que había cocinado ella misma la tarde anterior. Sus padres le dejaron encantados esta vez, según dijeron porque así aprovechaban para comprar. La verdad es que las galletas estaban horribles y se alegraban de no tener que comérselas ellos. Nada más entrar por la puerta Mar dijo:

—¡¡¡Qué fuerte!!!

—Aunque no me guste la expresión, concuerdo contigo —dijo Don Hipólito quitándose las gafas y frotándose los ojos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mar.

—¿No es obvio?

Le miró con ojos curiosos Mar, mordisqueó una galleta, la escupió a la papelera porque realmente estaban malas, y le dijo:

—Ahora volvemos a hablar con el Sr Pérez padre.

—Exactamente. ¡Vamos!

—¿Y va a cerrar la tienda un sábado?

—¡A la porra la tienda! ¡Mis huesos necesitaban un poco de emoción otra vez!
¡Vamos!

—¡Un momento! —dijo Mar pasando detrás del mostrador—. Llémonos esto — Y metió el libro morado en su mochila.

Colgaron el cartel de "Vuelvo en 5 minutos" y se marcharon hacia la residencia, esperando tener la suerte de ser recibidos.

Afortunadamente cuando llegaron había una recepcionista; el chico que les había atendido la otra vez no estaba. Don Hipólito sacó una sonrisa encantadora y le dijo a la chica.

—Vengo a ver a Gustavo Pérez, es un amigo de la infancia. Me está esperando, de hecho.

—¡Uys! Pues no tengo nada anotado...

Cambió de pronto la expresión Don Hipólito, y puso cara de furia.

—¡Qué! ¡Qué no lo tiene usted anotado! ¡Pero bueno! ¡¿Y por un error suyo va a hacer esperar de pie a un anciano y a su nieta? ¡Pero qué clase de sitio es este! ¡Le digo que me estaba esperando mi amigo, hace muchos años que no nos vemos y...! —fingió de repente echarse la mano al corazón Don Hipólito.

—No, no, claro, debe... debe haber sido un error, disculpe —dijo toda apurada la pobre chica—. Pase, pase usted, está en el jardín.

—Gracias, gracias, disculpe — dijo apresurándose Don Hipólito.

—Ay que ver, está usted hecho un actor de Hollywood —susurró Mar.

—Jejeje, si me hubieses conocido en mis tiempos mozos...

Llegaron al patio interior tras perderse por alguna de las dependencias. Era un agradable jardín donde se veía a los residentes acompañados de sus familias, o simplemente en grupitos tomando el sol. Distinguieron a Gustavo Pérez al sol en un banquito, leyendo el periódico.

—¿Qué le vamos a decir? —dijo Mar.

—Más bien, qué nos va a decir él a nosotros.

Se plantaron delante suyo, y antes de que pudiera decir nada, Mar le dejó el libro morado en el regazo. La visión del libro borró la furia de su mirada. De pronto, una grandísima pena se dibujó en su rostro, y Mar sintió ganas de abrazar a ese anciano, que súbitamente parecía tan desprotegido.

—Sr Pérez —dijo con suavidad Don Hipólito—. Hemos hablado con su hijo.

No contestó. Acariciaba el lomo del libro con suavidad. Lo abrió por la mitad y lo olió.

—Todavía huele como ella. Ella siempre olía a caramelo —dijo con una infinita tristeza.

Respetaron su silencio por unos minutos. El Sr. Pérez pasaba las hojas despacio, sin leerlas, cómo quien mira un cuadro.

—¿Qué quieren saber? —suspiró al fin.

—Las recetas... —se atrevió a decir Mar.

—Sí, las recetas. Les aseguro que estaban deliciosas. Ella siempre cocinaba deliciosamente. Incluso cuando quería matarme.

—Pero... ¿por qué? —se atrevió a preguntar Mar con un hilo de voz—. Al principio, parecía tan feliz...

—Por mi culpa, claro, por mi culpa. Yo era joven, bien plantado, buen mozo quiero decir. Siempre me han gustado mucho las mujeres... Yo quería a mi esposa, de verdad, tienen que creerme, pero... conocí a alguien... Fui un idiota. Un completo idiota.

—Y ella lo averiguó —le ayudo Don Hipólito.

—Sí, eso es. No me dijo nada. Pero no me lo perdonó. De hecho, me odió —y en ese punto se le quebró la voz—. Y quiso matarme. Pero...

—Pero en algún momento se equivocó.

Asintió el Sr. Pérez. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Se comió un pastel entero ella solita, y su cuerpo no lo resistió; o quizás se equivocó en las medidas. Los médicos dijeron que había sido un accidente, algún producto en mal estado... Pero yo supe la verdad... Quién sabe lo que hubiera pasado si mi hijo llega a probarlo... A mí en cambio, solo consiguió dejarme con esta úlcera, y con la culpabilidad de haberla asesinado.

—Usted no la asesinó, Sr. Pérez —intentó consolarle Don Hipólito.

—¡Sí, sí lo hice! ¡Fue mi culpa!. Lo supe cuando encontré el libro entre sus cosas, después de su muerte. Váyanse, váyanse por favor, se lo ruego, ¡déjenme solo!— y se abrazó al libro mientras lloraba.

Se fueron Mar y Don Hipólito, destrozados, y con la sensación de haber hecho algo malo, sin querer.

Cuál fue su sorpresa al llegar y ver que la tienda estaba abierta, y a Eduardo dentro atendiendo.

—Vaya, vaya, mira quien se ha ido a almorzar un buen rato —dijo Eduardo con retintín—. Y yo paraba cinco minutos a tomarme un colacao y me echabas la bronca... ¡Hola Mar! ¡Qué alta estás!... Pero bueno, ¿a qué vienen esas caras tan largas?.

Suspirando, se apoyaron en el mostrador y le contaron toda la historia. Eduardo escuchó todo muy atentamente, sin interrumpir, como evaluando. Si recordáis, habíamos dicho que Eduardo era un chico muy despierto, y con una memoria extraordinaria, como la de su padre. Cuando terminaron de contar la historia, Mar tenía lágrimas en los ojos. Eduardo en cambio, les miró y dijo:

—Ummm. No. No creo.

—¿No crees qué? —dijo Don Hipólito.

—Que no es verdad.

—¿Que no es verdad el qué? —dijo Mar— ¡Si es verdad, él Sr. Pérez nos lo contó!

—Se equivoca —y dicho esto salió de detrás del mostrador y subió las escaleras.

Se miraron anonadados Don Hipólito y Mar. Oyeron como Eduardo se paraba en las escaleras y toquiteaba algo. Apareció de nuevo con una sonrisa triunfal, y un marco de fotos en la mano. Lo dejó encima del mostrador.

—Como os digo, detectives aficionados de pacotilla, se equivoca él y vosotros. Lamentablemente, Estela murió, pero de alguna indigestión o de algo en mal estado, como dijeron los médicos, y aquí os traigo la prueba —dijo con su sonrisa de satisfacción.

Les puso delante un marco con una página, de los que estaban colgados en la escalera. En el marco había una página suelta, una receta, escrita a mano, que decía así:

RECETA DEL PERDÓN.

Un paquete entero de pañuelos de papel.

Unos dos litros de lágrimas.

Toda la rabia que cabe en un pozal.

Mala leche.

Mucho, muchísimo azúcar.

Unas tres toneladas de amor.

Un hijo en común.

Se mojan los pañuelos en las lágrimas hasta que se deshagan. Se machaca la rabia con un martillo y mucha mala leche. Se deja reposar durante un mes. Cuando ya haya macerado, se le echa el azúcar, y el amor. Se ablanda con el hijo en común. El resultado es un pastel de perdón maravilloso.

TE PERDONO, GUSTAVO. SI PROMETES NO ENGAÑARME DE NUEVO, YO NO VOLVERÉ A INTENAR ENVENENARTE. TE QUIERO, ESTELA.

Mar se limpió la cara, temiendo que sus lágrimas llegaran al marco. Levantó la mirada y vio que Don Hipólito también aguantaba las lágrimas de la emoción. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se sonó ruidosamente los mocos.

—Encontré la hoja en el fondo de la caja de los libros que nos vendieron los Pérez. Se debió escurrir del libro en algún momento, y por eso no lo vio el padre—dijo Eduardo.

—Esto lo tiene que saber Gustavo.

Eduardo argumentó que, como verdadero descubridor del misterio, no se podía perder el final de la historia, así que se fueron los tres a la residencia de nuevo.

La recepcionista se echó a temblar en cuanto vio a Don Hipólito, y antes de que les diera tiempo a preguntar les indicó que seguía en el patio.

Cuando los vio acercarse, Gustavo Pérez se levantó, dispuesto a correr a su habitación y encerrarse. Lo intentó, de hecho, se concentró e incluso puso cara de velocidad, pero la verdad es que les fue tan fácil alcanzarle como perseguir a una tortuga.

—¡Sr. Pérez! ¡Sr. Pérez! ¡Espere! —dijo Mar poniéndose delante de él—. Tenemos una cosa que enseñarle.

—¡Déjenme en paz!

—¡Pero Sr. Pérez, los médicos tenían razón! ¡Estela no se envenenó!

Al oír esto, el Sr. Pérez miró por fin a Mar, con rabia y lágrimas en los ojos. Mar sostenía delante de ella el marco con la última página. Lo tomó extrañado y lo leyó, despacio. A punto estuvo de desmayarse, y se hubiera caído, si no fuera por Eduardo que estaba justo a su lado y lo sujetó. Le ayudaron a sentarse en un banco, y, cuando se tranquilizó, Eduardo le contó toda la historia de las páginas enmarcadas.

—Lo ve, Sr. Pérez, ella le perdonó —dijo Mar, cogiendo las manos del viejo entre las suyas.

Estuvieron un buen rato hablando y consolándole, hasta que, cuando por fin aceptó la verdad, sonrió. Sonrió como no lo había hecho en años, aliviado y agradecido. Se despidieron largamente, y Don Hipólito prometió volver a jugar al dominó con él la semana siguiente.

En el camino de vuelta, nadie habló, cada uno sumido en sus pensamientos. Mar miraba por la ventanilla y pensaba a todo lo que se había enfrentado en las últimas semanas.

Era una historia triste, la de Estela y Gustavo, pero ellos habían ayudado a saber la verdad. Además, había conseguido enfrentarse a su miedo a las escaleras, y había descubierto una buhardilla llena de secretos en la casa del pueblo. Mar deseaba llegar a casa y contarle todo a sus padres, al fin y al cabo, era su primer misterio resuelto y quería presumir de ello. Sonrió al pensar en esto, un misterio resuelto, como los investigadores de los libros que tanto le gustaban. Se repitió para sí misma: " Mar Cercós, Detective de libros e investigadora de misterios imposibles". No sonaba nada, nada mal.